

COMEDIA FAMOSA
LA MUJER QUE MANDA EN CASA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA ¹

JEZABEL.	ELÍAS.
RAQUÉL.	DORBÁN, <i>pastor</i> .
CRISELIA.	ZABULÓN, <i>id.</i>
JEHU.	CORIOLÍN, <i>id.</i>
ACAB.	LISARINA, <i>pastora</i> .
NABOT.	UN ÁNGEL.
ABDÍAS.	DOS SOLDADOS.
PAJE.	DOS CIUDADANOS.
JOSEPHO.	

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Música de todos géneros, y por una parte suben al tablado (habiendo venido á caballo al son de un clarín) en hábito de caza, JEZABEL, RAQUEL, CRISELIA y cazadores con perros, ballestas y venablos. Por la otra parte, al mismo tiempo suben también (al son de cajas y trompetas) soldados marchando y entre ellos NABOT, ABDÍAS y JEHU: detrás de todos á lo hebreo, con corona y bastón el REY ACAB: tocan chirimías, y en estando todos arriba llega ACAB á JEZABEL y dice:

ACAB. Por más que immortalice eterna en sus murallas Babilonia, á Semíramis, su reina; y su fama felice, diosa de las batallas lauros ciña, cuando Ofires peina; pues sin cuidar prendellos, causando al Asia espantos y ocasionando simulacros tantos opuesta al sol enarboló cabellos, su fama en vos admiro, luz de Sidón, Semíramis de Tiro. Guerra es también la caza;

estratagemas tiene, inventa ardides y emboscadas pone; vos de la misma traza, (cuando en triunfo solemne mis sienas manda Marte que corone del árbol fugitivo, al Dios planeta esquivo) porque Moab postrado, sujeto á vuestro Acab, parias le ha divina cazadora [dado; triunfos de fieras, blasonéis Aurora. Envidia tengo al ave que ejecutando vuela, (rayo veloz de pluma) altanerías; si lo que goza sabe no ha menester pigüelas que en las alas repriman osadías; en cárcel generosa, alcándara es hermosa, de cristal transparente vuestra mano, si en ella favor siente, que mi fortuna pueda hacer dichosa; la garza que hay más bella renunciará, por no apartarse de ella. Provincia es tributaria, Moab (por mi abatida), de Israel, porque en dichas trueque su Rey pecha á Samaria, [quejas; en cambio de su vida,

¹ Figuran además: CAZADORES; una MUJER que canta; un PROFETA y PUEBLO.

cada año para vos cien mil ovejas; vellocinos de plata daros en ellas trata, que se blasonen, dignos como el de Colcos, ser de el cielo sig-
[nos,

y el múrce convierta en escarlata; porque Jezabel pueda anteponer la púrpura á la seda. Cargados mil camellos de marfil y oro puro, espolios son que os sirvan de tesoro, con que alcázares bellos os labre; que procuro palacios de marfil á deidad de oro. Hónrenlos vuestros ojos, y mezclando despojos de la caza y la guerra, yo valles conquistando, vos la sierra, vencedores los dos, lloren enojos enemigos agravios, mientras este cristal sellan mis labios.
(Bésala una mano.)

JEZABEL. Ni la mano (Rey) me pidas, ni victorioso blasones conquistas de otras naciones á tus banderas rendidas, mientras en tu reino olvidas tu desacato y mis penas: que en valde triunfos ordenas, cuando haces de hazañas copia, rebelde tu nación propia y obedientes las ajenas. Mano que el cetro interesa (por tu causa) de Israel, y menospreciada en él tu reino todo no besa, no es digna que en tal empresa lisonjas tuyas admita; sírvate el pueblo moabita, y rebelde tu nación, desprecie mi religión, si es bien que tal se permita. Hija soy del rey Sidonio; por tu esposa me eligió; presumí contigo yo dar de mi amor testimonio; coyundas del matrimonio enlazan, tal vez ardientes, dos corazones; no intentes mostrar de tu amor extremos, porque mal nos uniremos los dos en ley diferentes. Baal es mi dios; Baal satisface mis deseos; dioses de los Amorreos tienen poder inmortal; soberbio, no admite igual el que, en desprecio de Apolo, dice que de polo á polo, autor de la noche y día, gobierna sin compañía, y dios se intitula solo. Ese verdugo de Egipto, que cruel tantos ha muerto, ese, que por un desierto llevó número infinito

de hebreos y sin delito, cuarenta años desterrados por veniales pecados (criminal siempre con ellos, cuchillo para sus cuellos) fueron siempre castigados. Por adorar un becerro, dió muerte á una inmensidad. ¿Será de Dios tal crueldad; tal castigo por tal yerro? ¿Para qué tanto destierro, si darles luego podía la tierra que prometía? ¿Para qué de Egipto huyendo, si no fué porque temiendo sus dioses, los perseguía? Profeta falso Moisés, ocasionó tantos daños: como brutos cuarenta años entre páramos se ven. Labró en Jerusalén, templo, después Salomón; mas como su religión juzgó por cosa de risa, los dioses de la etiopía mudaron su adoración. Las tres partes de la tierra veneran (sino unos pocos hebreos, ciegos y locos) los dioses que el cielo encierra. ¿Diremos que el mundo yerra, y ellos solos acertaron? Sabios que á Grecia ilustraron; filósofos que nos dieron las ciencias, ¿todos mintieron? ¿Todos, en fin, se engañaron? ¿Qué ceguedad, Rey, es ésta? No dije bien, que no es Rey quien, defensor de su ley, los blasfemos no molesta. Ten por cosa manifiesta que entretanto que á Baal, con aplauso general, no reverencie Israel, no has de hallar en Jezabel agrado á tu amor igual. (Llora.)

ACAB. Antes que el sol de tu cara, (hechizo del alma mía) eclipse la luz al día que mis tinieblas repara, lllore el mundo en noche avara obscuridades eternas; enjuga lágrimas tiernas que el alba envidia al llorarlas, que es lástima malograrlas cuando mis dichas gobiernas. Adore Jerusalén su Dios en su templo de oro, que yo á Jezabel adoro y al sacro Baal también. Cuantos en mi reino estén reverencien á Baal por deidad universal, pues Jezabel se le humilla; quien no le hinque la rodilla, tenga pena capital. De pórfido y jaspé hermoso

le labre templo sutil,
de alabastro y de marfil,
del metal más generoso,
y á su culto religioso
consagre profetas tantos,
que causen á Judá espantos
y á mi inclinación empleos;
dioses de los Amorreos
ilustren altares santos.
Bosques á sus sacrificios
plante en sus montes Samaria;
quien fuere de ley contraria,
prevenga sus precipicios;
mi amor ha de dar indicios
de que soy amante fiel:
la corona de Israel
tiene en mi esposa su esfera;
quien no obedeciere, muera,
á mi hermosa Jezabel.

ESCENA II

DICHOS, menos ACAB.

JEZABEL. La jurisdicción acepta
mi fe, que el Rey me concede;
del dios de Sión no quede
con vida ningún profeta.
Quien á Baal se sujeta,
venga á medrar su privanza;
el que me diere venganza
de cuantos siguen á Elias,
espere en promesas mías
y logrará su esperanza.
Araes á Baal levanten
cuantos en Samaria están;
seguiré de Jeroboán
cultos que á la fama espanten;
en selvas y bosques canten
himnos á la adoración
de los dioses de Sidón,
y con festivos empleos
á cuantos los Amorreos
consagran su adoración.
De mi mesa han de comer
sus sacerdotes manjares
dignos de quien sirve altares,
que frecuenten mi poder.
Verá el mundo (aunque mujer)
mi gobierno en breves días;
honrad las deidades mías,
dejad leyes imperfectas:
¡muera los ciegos profetas
que siguen al falso Elias!
Por cada cabeza, ofrezco,
que sirva al Dios de Abraham,
hacerle mi capitán:
beber su sangre apetezco.
Si gobernaros merezco,
hijos nobles de Israel,
servid á Baal, que en él
todo nuestro bien estriba.
Decid ¡viva Baal!

TODOS. ¡Viva!

JEZABEL. ¿Quién más?

TODOS.

¡Viva Jezabel!

(Vanse con el aparato que entraron.)

ESCENA III

Quédanse RAQUEL y NABOT.

NABOT.

¿Podrá darte los brazos
quien, tras la ausencia que dilata plazos
el premio de esta guerra,
cifra en la vista que el pesar destierra
(hermosa Raquel mía),
que el alma sin tus ojos padecía?

RAQUEL.

Podrás (esposo caro)
con ellos á mis ansias dar reparo,
que en su círculo espera
ser centro el alma de tan dulce esfera.
¿Cómo en Moab te ha ido?
¡Qué asustada en sus riesgos me has tenido!
Despierta te lloraba;
dormida, mi recelo te soñaba
lastimosos despojos
de la Parca fatal; todo era enojos;
todo es ya regocijo:
¡qué gloria causa el bien, tras mal prolijol!

NABOT.

Peligros, tu memoria
atropelló, cantando la victoria.
Postró al fiero moabita
Acab blasfemo, que la gloria quita
al Dios único y santo,
ingrato á tanta dicha, á triunfo tanto.

RAQUEL.

Tiénele loco y ciego,
rendido el amoroso y torpe fuego
de esta mujer lasciva
que idolatra, le postra y le cautiva.

NABOT.

Si ella el gobierno goza
de las tribus hebreas y destroza
leales, ya la igualo
á Pasife.

RAQUEL.

Será Sardanapalo
Rey, que no se aconseja,
y afeminado su gobierno deja
á mujer, enemiga
de la piadosa ley.

NABOT.

Dios nos castiga.

RAQUEL.

¿Qué será (Nabot mío)
la causa que con tanto desvario,
Jezabel arrogante
persiga á nuestro Dios, aras levante
al ídolo Sidonio
y á tanto simulacro del demonio?
Discreta es, y no ignora
que quien al verdadero Dios adora
peligros asegura,
gozando en paz riquezas y hermosura.
Bien sabe los castigos
con que se venga de sus enemigos,

ESCENA IV

Sale ABDÍAS.—DICHOS.

ABDÍAS.

Nabot, la Reina os llama.

NABOT.

¿La Reina á mí?

ABDÍAS.

Merece vuestra fama

hacer de vos empleo,
y para honraros, que os aguarda creo.
Al margen de la risa
de esa fuente os espera: andad de prisa. (Vase.)

ESCENA V

DICHOS, menos ABDÍAS.

RAQUEL.

¿Qué es esto, esposo mío?
¿La Reina á vos, cuando tan poco fio
de su apetito ciego,
cuando me habéis contado el torpe fuego
con que su honor abrasa?
¿Vos al jardín llamado, de su casa?

NABOT.

¿Pues qué temor (esposa)
en mi agravio te tiene sospechosa?
¿Quién tu quietud lastima?
Soy ciudadano en Israel de estima;
está la Reina en ella,
querrá que vaya á consultar con ella
algún negocio grave
que con el pueblo en su servicio acabe.

RAQUEL.

Di que querrá quererte.

NABOT.

No ofendas mi constancia de esa suerte.

RAQUEL.

Querrá que tú el primero
á Dios ingrato, á ella lisonjero,
á Baal sacrifiques;
porque después torpezas comuniqués
(en el bosque que infamas)
del sacrilegio incendio de sus llamas.

NABOT.

Anda que estás hoy necia,
pues tu temor (mi bien) me menosprecia,
con que la fe de nuestro Dios me anima;
no ignoras en la estima,
y que por conservarla
morir sabré, mas no sabré violarla.
Vecinos de Palacio
somos los dos, en el ameno espacio,
de esa viña (que opimos
joyeles cuelga al pecho de racimos)
me aguarda, pues su cerca
la Quinta Real junto á la nuestra cerca,
que yo espero que presto,
segura del recelo en que te han puesto,

desde el sepulcro egipcio,
(el mar Bermejo digo) precipicio
de tantos guerreadores,
abriéndose á Israel, jardín de flores,
por las doce carteras
más frescas que esmaltaron primaveras,
hasta Roboan, que necio
por hacer de sus tribus menosprecio,
perdió en los reinos doce,
los diez y medio: si esto, pues, conoce,
¿cómo se precipita
y la debida adoración nos quita?

NABOT.

No es solamente tema
la que enloquece á Jezabel blasfema,
sino la licenciosa
ley de Baal, al orbe escandalosa.
Permite (esposa mía)
de aquel ídolo vil la idolatría,
que después que la plebe
toda, á su Templo sacrificios lleve,
y entre incendios infaustos
le aplauda en libaciones y holocaustos,
en el bosque que junto,
del infierno en tinieblas es trasunto;
cuando el planeta hermoso
ausente, á los trabajos da reposo,
con lasciva licencia
se mezcle el apetito y la indolencia
de todos, de tal modo
que privilegie el vicio, sexo todo.
Allí con lo primero
que encuentra, desde el noble al jornalero,
como si fuera bruto,
paga al deleite escandaloso fruto.
Allí tal vez la dama,
de ilustre sangre y generosa fama,
con el plebeyo pobre
(mezcla de plata y abatido cobre);
porque Venus instiga,
bate moneda amor, de infame liga.
Consíentelo el marido
más sabio, más soberbio y presumido,
sin que en tales desvelos
quejas se admitan, ni se pidan celos;
porque en tan torpes modos
es la mujer allí común de todos.
Como Jezabel vence,
(sin que el solio y corona la avergüence)
en lascivos regalos
á cuantos se han preciado de ser malos,
debajo de pretexto
de religión, su trato deshonesto
de esta suerte pretende
que admita el Reino cuanto en él se enciende;
porque en tan infame hecho
á cualquiera varón tenga derecho.

RAQUEL.

¿A qué Circe, á qué Lamia
no causó horror tan inaudita infamia?
¡Ay, Nabot de mi vida!
primero juzgaré por bien vertida
mi sangre, que el respeto
púdico (con que al tálamo sujeto
mi amorosa limpieza)
ose aplaudir tan bárbara torpeza.

tus livianos temores,
conviertas las sospechas en amores.

RAQUEL.

¡Ay! no quieran los cielos
que pronostiquen llantos mis recelos. *(Vanse.)*

ESCENA VI

Salen JEZABEL y CRISELIA.

JEZABEL. En dando en contradecirme
será fuerza aborrecerte.
CRISELIA. Aconsejarte es quererte.
JEZABEL. Replicarme es deservirme.
¿De cuándo acá escrupulosa
vas de amor contra la ley?
CRISELIA. Eres esposa del Rey.
JEZABEL. Tengo amor si soy su esposa.
Los preceptos he seguido
de Venus y de Baal.
CRISELIA. Sólo el amor conyugal
te puede ser permitido.
JEZABEL. Esposa fué de Vulcano
Venus, y aunque Diosa fué,
de Marte amante se ve
rendida á su amor tirano.
CRISELIA. Si esos ejemplos imitas,
¿por qué no temes en ellos
la red que pudo cogellos
á los dos? ¿Por qué acreditas
deleites de su amor sólo
que la afrenta ocasionaron
en que los dioses la hallaron
descubriéndolos Apolo?
JEZABEL. ¿Qué castigo dió Vulcano
á Venus, por ese error?
La afrenta fué de su honor,
pues hizo público y llano
lo que Venus, prevenida,
oculto intentó lograr.
CRISELIA. Venus se pudo infamar,
pero no perder la vida,
que es diosa. Mas tú, señora,
siendo mortal ¿de qué suerte
podrás escusar tu muerte,
si sabe el Rey (que te adora)
que con un vasallo suyo
su tálamo honesto ofendes?
JEZABEL. Arguyes lo que no entiendes.
CRISELIA. Tu honor defiende, si arguyo.
JEZABEL. ¿Por qué piensas tú que he muerto,
tanto Profeta hablador,
que contrarios de mi amor
engaños han descubierto,
sino porque no limiten
deleites, con que se aumenta
la especie humana contenta
en que con gustos la inciten?
¿Por qué imaginas que quiero
que á Baal mi reino adore,
y con su culto mejore
regalos que considero,
sino porque coyunturas
ofrece en sus ejercicios,
y acaban sus sacrificios,
en que por las espesuras

dedicadas á su culto
facilitando ocasiones,
da á los gustos permisiones,
gozando en silencio oculto
el amoroso apetito
cuanto el deleite desea,
sin que mientras dura, sea,
cualquier liviandad, delito?
¿Hay gusto igual al que siente
el amor que alcanza y calla,
préndas que en los bosques halla,
sin que siendo pretendiente
pase por las dilaciones
de melindres y de quejas,
de noche adorando rejas
y examinando balcones,
y de día entre desvelos
solicitando un favor?
Aquí solamente amor
gustos feria y no da celos;
aquí se compra barato,
pues las fiestas de Baal
con ocasión liberal
á todo gusto hacen plato.
Si es licito, pues, todo esto,
¿por qué no podré yo ser
de quien gustare, mujer,
cuando ocupare áquel puesto?
¿Por qué no podré yo amar
á Nabot (gallardo hechizo
que mis ojos satisfizo)
sin que se pueda quejar
el Rey?

CRISELIA. Tu resolución
me asombra.

(Ap.) ¿Hay tal frenesí?

JEZABEL. Con mi gusto cumplo así
y aumento mi religión.

CRISELIA. Ya está en el jardín tu amante.
JEZABEL. Pues retírate tú de él.

Flores brota este vergel
viendo entrar su abril delante.
Fingiré que estoy dormida,
porque de mi sueño advierta,
lo que no osaré despierta
decirle.

CRISELIA. *(Ap.)* ¡Ay mujer perdidal!

JEZABEL. Que aquí se acerque le avisa;
pero que no me despierte
mientras que el cristal que vierte
esta fuente, toda risa
contemplia; esa silla acerca
y vete. *(Siéntase en una silla.)*

CRISELIA. *(Ap.)* Sin seso está.

JEZABEL. Que oirme de ahí podrá
pues la fuente está tan cerca. *(Finge que duerme.)*

ESCENA VII

Sale NABOT.—DICHAS.

NABOT. ¿Qué puede su majestad
quererme (Criselia) á mí?

CRISELIA. Según lo que presumi
cosas son de calidad.

Llegad; pero... detenéos
que esperándoos se durmió.

NABOT. Vuélvome, pues.

CRISELIA. Eso no.

Aquí, Nabot, hay recreos
en que, mientras que despierta,
entreteneros podáis.
Si oír murmurar gustáis,
los pájaros de esa huerta,
las hojas de aquellas plantas
y las aguas de estas fuentes,
murmuran (más no de ausentes).
Escuchadlas pues son tantas
y el tiempo es más oportuno
para que contento os den,
que, aunque murmurando estén,
no dicen mal de ninguno.
Sentáos aquí.

NABOT. Pues ¿os vais?

CRISELIA. Tengo que hacer.

NABOT. ¿Si se enoja

la Reina?

CRISELIA. No os dé congoja,
que solo, á su gusto estáis. *(Vase.)*

ESCENA VIII

DICHOS, menos CRISELIA. Después RAQUEL.

NABOT. ¡Válgame Dios! ¿A qué fin
me llamará esta mujer?
(Sale á una reja Raquel.)

RAQUEL. Desde aquí los puedo ver
á estas rejas del jardín,
Acechad sospechas mías
y averiguaréis desvelos
de mi pena, pues los celos
inventaron celosías.
NABOT. Recostada la cabeza
en la mano, Jezabel,
la azucena y el clavel
compiten con su belleza.
(Como que duerme ella.)

¿Qué peregrina-beidad!

¿Si menos crueldad tuvieras!

Mas siempre son compañeras

la belleza y la crueldad.

¿Qué igual consorte tenía

Acab, sino desilustrara

la perfección de su cara

con manchas de idolatría!

En uno y otro es asombro.

Quitarme quiero el sombrero,

(Quítasele.)

qué descortés y grosero,

cuando la miro y la nombro

su persona desacato.

La cama Real, los vestidos

reverencian bien nacidos,

el sello Real, el retrato,

en su original su copia

goza la Reina esculpida,

pues mientras está dormida

es imagen de sí propia.

¿Quién pudiera reprendella

con eficacia tan clara

que sus costumbres mudara

y al paso que la hizo bella
el cielo, la hiciera santa?
Durmiendo está: los sentidos
tal vez (aunque están dormidos),
suelen tener virtud tanta
que escuchan á quien se llega
á hablarlos. ¿Podré atreverme
á decirla, mientras duermo,
lo que despierta me niega
el temor de su crueldad?
¿Por qué no? Casi no vive
quien duerme; si me apercibe
podrá ser que mi lealtad
temple el rigor de sus manos,
y que mude pareceres,
que, idólatras y mujeres
dan crédito á sueños vanos.
Sospechará que ha soñado
lo que decirla pretendo;
á la industria me encomiendo:
Dios ayude mi cuidado.
Llego, y las tres reverencias
que como á Reina y señora,
se deben, la hago ahora.

(Hace tres reverencias y llégasele al oído de rodillas.)

RAQUEL. ¿Qué es lo que veis, impacencias?

¿Sentada la Reina está,

y mi esposo descubierto?

¿Que la llega á hablar advierto?

¡Ay, cielos! ¿Qué la dirá?

¡Oh! Quien tuviera en los ojos

los oídos. Desde aquí

oirlos, no; verlos si,

pueden mis ansias y enojos.

NABOT. Hanme (señora) avisado

que me llama Vuestra Alteza.

RAQUEL. ¿Tan cerca de su belleza

vasallo que no es privado?

¿Los labios junto á su oído?

¿Y aseguraré yo agravios

de sus oídos y labios?

¡Loca estoy, pierdo el sentido!

JEZABEL. A Nabot mandé llamar.

(Todo estoco mo dormida.)

NABOT. Serviros, humilde, aguardo.

JEZABEL. ¿Sois vos, Nabot, el gallardo?

NABOT. Soy quien os llega á besar

la mano, por el blasón

que me daís, y no merezco.

JEZABEL. Besadla, pues.

NABOT. Encarezco

tanta merced; mas no son

dignos mis labios de empresa

tan alta.

JEZABEL. Por uso y ley

común, á la Reina y Rey

la mano el vasallo besa.

NABOT. Es así; mas no en secreto,

que es Vuestra Alteza mujer

y está sola.

JEZABEL. Al Real poder

se le guarda este respeto,

solo, como acompañado.

Su Reino en mí renunció

Acab.

NABOT. No lo niego yo.

JEZABEL. Palestina me ha besado la mano, como á Señora.

NABOT. ¡Ojalá todo el Oriente!

JEZABEL. Vos no, (Nabot) solamente.

NABOT. Temi.

JEZABEL. Pues besadla ahora.

NABOT. Reverenciarnos procura mi fe; mas considerad lenguas.

JEZABEL. Una Majestad por sí mesma está segura; tendré á poca reverencia la cortedad que mostráis. ¿Qué es esto? ¿Vos me negáis solo (Nabot) la obediencia?

NABOT. No lo permitan los cielos si en eso mi lealtad toca: honre este marfil mi boca. *(Besa una mano.)*

RAQUEL. Besóla la mano. ¡Celos transformaos en desengaños! ¿Cómo de aquí no me arrojó? ¿Cómo consiente mi enojo deslealtades entre engaños? Daré voces, diré al Rey lo que le ofenden los dos, á la gente, al cielo, á Dios, y á su profanada ley.

JEZABEL. Ahora sí, que esa lealtad desmiente recelos míos. Alzad del suelo, cubrios, pedid mercedes, llegad.

NABOT. Yo, gran señora, estoy bien.

JEZABEL. Haced lo que os mando yo. *(Levántase y cúbrese.)*

NABOT. Ya, señora, me cubrió vuestro favor.

JEZABEL. Quiéroos bien.

RAQUEL. Cubrióse delante de ella, del suelo se ha levantado; mi agravio ha certificado: con su lealtad atropella.

NABOT. *(Aparte.)* Si no es que finja despierta ¿cómo puede responder y hablando no desconcierta? ¿Qué es esto cielos?

JEZABEL. Pedid mercedes que recibáis.

NABOT. Si vos (señora) aumentáis mi cortedad; advertid lo primero que os suplico.

JEZABEL. Decid; no tengáis temor.

NABOT. Tiembla de vuestro rigor este Imperio, noble y rico; siente el ver que en tal belleza pueda haber tal crueldad: en los Reyes la piedad acrecienta la grandeza. Habéis mandado dar muerte á los Profetas sagrados, que nuestros antepasados reverenciaban, de suerte que oráculos de Israel su dicha estribó en oírlos. Si vos dais en perseguirlos, y el Reino, por Jezabel,

pierde favores del cielo, ¿qué mucho que os quieran mal?

JEZABEL. Sirva Israel á Baal, que es más piadoso este celo; servidle vos y tendréis acción que al Rey os iguale: lo que su corona vale y más que ella, gozaréis. Frecuentad su culto vos, que en su bosque y espesura os aguarda una ventura que no os dará vuestro Dios. Deidad que gusta y dispensa imposibles de otro modo que á todos iguala en todo, quien menospreciarla piensa no es cuerdo. Yo os amo mucho; amadme otro tanto vos, que os importa más que el Dios que adoráis.

NABOT. *(Ap.)* ¿Que es lo que escucho? Antes que la ley olvide *(A ella)* que en Sinai nos dió Moisés, que á idólatras quiera bien, que cumpla lo que me pide quien el tálamo sagrado de su esposo trata mal; que me llame desleal. Raquel, á quien he adorado; por un falso testimonio la patria me juzgue aleve, me saque al campo la pleva, me usurpe mi patrimonio, y apedreado de todos en vez de alabastro pulcro, montones me den sepulcro de piedras, por varios modos. Mi ley, mi Rey natural reverencio: esto profeso.

JEZABEL. Pues cumplirse todo eso no siendo á mi amor leal.

NABOT. Gran señora: Vuestra Alteza algo, sin duda, ha soñado que la altera.

JEZABEL. Hame alterado vuestra mucha rustiqueza. Industria para deciros lo que os quiero, me fingió dormida: juzgaba yo que entre sueños, mis suspiros hicieran en vos señales de estima, que agradecer, pues no entibian su poder por dormir, suspiros Reales. Mas vos, cuyo corazón desprecia tales empeños diréis, porque os amo en sueños que los sueños, sueños son.

NABOT. A resolución (señora) tan extraña.... *(Quiérese ir, levántase la Reina como que despierta, y detiénese.)*

JEZABEL. Deteneos, y estimad más mis empleos.

RAQUEL. La Reina á su Rey traidora, como á nuestro Dios, pretende obligar á su regalo

á mi esposo; menos malo es, pues de ella se defiende. *(Entrase Raquel.)*

NABOT. Vuestra Majestad repare...

JEZABEL. No hay reparos en amor.

NABOT. Que soy leal.

JEZABEL. Sois traidor á mis llamas.

NABOT. Quien juzgare sin pasión, lo que al Rey debo...

JEZABEL. Amor es Dios, si él es Rey.

NABOT. A mi Dios y ley.

JEZABEL. No hay ley ni hay Dios, sino el que os doy nuevo. Baal que me améis permite; *[vo.]* por eso os mando adorarle. ¿Y vuestro esposo?

NABOT. Matarle.

JEZABEL. ¡Gran señora!

JEZABEL. Cuando imite á Semiramis, que á Nino *(en tres días que la dió el Reino que le pidió)* á ser su homicida vino, en su ejemplo hallaré escusa. No soy yo de mi hijo amante, como ella, causa bastante doy á la llama difusa que me abrasa. ¡Baal vive, que ejemplo de desdichados, si despreciáis mis cuidados, habéis de ser!

NABOT. Pues derribe mi cabeza, la crueldad, que torpe, me asombra en vos. Reina; que ¡vive mi Dios! que contra la Majestad del Rey, que obedezco fiel, de la esposa á quien adoro, ni el interés de un tesoro, ni el castigo más cruel ha de hacer mella en mi honor porque á vuestra culpa iguale. *(Vase.)*

JEZABEL. Sabes, bárbaro...

ESCENA IX

DICHA. Sale primero CRISELIA y luego el REY, JERU, ABDÍAS, JOSEPHO y otros.

CRISELIA.

El Rey sale.

JEZABEL.

Yo me vengaré, traidor.

ACAB.

No como Rey, hermosa prenda mía, como ministro vuestro solamente, de Israel desterré la hipocresía que ciega amotinaba nuestra gente. Trescientos y más son, los que este día en Samaria *(llamándome inelmente)* porque los pueblos predicando engañan, las aras de Baal en sangre bañan. Si alguno queda vivo *(que lo dudo)* él mismo temeroso se destierra

y el falso Elias *(que ofenderos pudo)* desembaraza, huyendo, nuestra tierra. Bosques consagro, en sus altares mudo la adoración que sola Judá encierra. Célebre templo al dios Baal dedico en fábrica admirable, en rentas ricos. Mandado he convocar el reino nuestro para que junto en él, quien la rodilla no postrare á Baal *(por gusto vuestro)* sujete la cerviz á la cuchilla. De esta manera lo que os amo nuestro: Baal es Dios, vos sois la maravilla de la verdad mayor que Apolo alienta; piérdase el Reino y tengaos yo contenta.

JEZABEL.

¡Los brazos *(no la lengua)* han de premiaros que de ello *(caro esposo)* he de quererlos! ¡Huya Elias que vino á amenazaros; perezcan sus secuaces agoreros! Ya no podrán *(mi Acab)* pronosticaros trágicos fines de peligros fieros. Gracias al cielo, que nos deja Elias limpio á Israel de sus hipocresías.

ESCENA X

Elias muy venerable á lo penitente.—DICHOS.

ELÍAS. No blasones impiedades lascivo y bárbaro Rey, hijo del esclavo Amrí, consorte de Jezabel. No blasones impiedades contra el cielo, á quien infiel provocas contra tu vida, yo su Profeta, El tu juez. Afemina tu diadema *(no en la cabeza)* en los pies, pues indigno de ser hombre te gobierna una mujer. Sigue idólatras engaños del primero que á Israel apartó del culto pío que Dios intimó en Oreb. Simulacros del demonio erige; porque después que Samaria te obedezca la transformes en Babel, que pues blasfemas del Templo que adora Jerusalén, receptáculo del Arca del Dios de Melquisedec. Nombre y fama adquirirás del principe más cruel que tendrán las tribus doce de Saul á Manases. Ni el torpe Jeroboán *(que ingrato al cielo y su Rey, hizo que el pueblo adorase los becerros de Betel)* en los insultos te iguala, ni los cinco que tras él infamaron la corona que cifre las tribus diez. Bebe la sangre inocente de tanto Profeta en Betel,

que en el seno de Abraham clamando los cielos ven. Sigue las supersticiones por no irritar su desdén de esa arpa de Sidón, de esa Parca de Israel, que, pues por ella te riges, yo, imitador de Finecs, de parte de Dios te anuncio (pues ciego blasfemas de él) que mientras, á ruegos míos, no me abriere su poder los tesoros de esas nubes que el campo vuelven vergel, con llave de acero y bronce cerrados, no han de llover sobre tu mísero Reino, por que perezcaís tú y él. Rayos de adusto calor yesca tienen de volver las más fértiles riberas que en vuestros valles tenéis; ni el ganado ha de hallar pastos ni los hombres qué comer, porque vuestras rebeldías se castiguen de una vez. Esto os intimo de parte del Dios que adoró Israel: ó á tragedias te apercibe ó vuelve á abrazar su ley.

ACAB. ¡Oh, rígido anunciador de agüeros, por más que estés en ese Dios confiado, que en mi vida adoraré, no te librarás agora de la muerte más soez que dió escarmiento al delito y al engaño fué temer!

(Saca el Rey la daga, va á herir á Elías, y vuéla.)

ELÍAS. Guarda; profeta falso. Blasfemo, bárbaro, infiel. Así sabe Dios guardar á los que esperan en El.

ESCENA XI

Dichos, menos Elías.

JEZABEL. ¡Seguidle, vasallos míos! si vengarme pretendéis.
ACAB. Flechadle por esos aires y al vuelo le mataréis.
JEZABEL. ¡Oh, hechicero encantador! No sosiegue Jezabel mientras no beba tu sangre, mientras no bañes mis pies. Baal te pondrá en mis manos. ¡Hebreos! ¡volad tras él! Alas lleva la venganza, con ellas le alcanzaréis.
ACAB. Ministros de mi justicia he de despachar tras él; por cuanto circunda el mar no se me podrá esconder.
JEZABEL. Yo desharé tus hechizos.

ACAB. Quien su cabeza me dé será en mi reino el segundo.

JEZABEL. Quien le ampare, guárdese. (Vanse.)

ESCENA XII

Dichos, menos ACAB y JEZABEL.

JOSEPHO. ¿Qué sentís de estas crueldades?

ABDÍAS. Que es fuerza el obedecer.

JEHU. Yo parto en su busca al punto, que temo y respeto al Rey.

JOSEPHO. ¿Qué importan sus amenazas si vuelve el cielo por él?

JEHU. Esto y mucho más peligrá reino en que manda mujer. (Vanse.)

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Sobre unas peñas muy altas salen DORBÁN y ZABULÓN, pastores, y abajo CORIOLÍN, pastor.

ZABULÓN. ¡Ah del monte de Carmelo, serranas! ¡Abajo, abajo!

CORIOLÍN. Tomádo lo han á destajo.

(Los dos.) ¡Al valle!

CORIOLÍN. Al valle mi agüelo.

El hambre mos trae de talle que el andar á pie es trabajo, y ellos dale ¡abajo, abajo! ¡serranos, al valle, al valle!

DORBÁN. ¡Ah del monte, ah de la sierral ¡al valle, al valle, á la junta!

(Van bajando.)

CORIOLÍN. Dado le han ¿á qué se junta (si sabéis) toda la tierra?

ZABULÓN. A ver si remedio hallamos al hambre que padecemos.

DORBÁN. Tres años ha, que no vemos nube en el cielo.

LISARINA. Acá estamos todos.

CORIOLÍN. Lisarina, ¿vos á qué venís?

LISARINA. Las mujeres también damos pareceres.

ZABULÓN. ¿Y serán buenos?

CORIOLÍN. ¡Par Dios! si los vuestros son del talle que los que Jezabel da, el dimuño os trujo acá. Ya habemos bajado al valle. ¿Qué tenemos?

DORBÁN. Coriolín, la falta de bastimentos á personas y á jumentos, amenaza triste fin. Sentáos y busquemos modos como no muera la gente. (Siéntanse.)

CORIOLÍN. Dadme vos en que sustente el estuémago, qué todo

se me desmaya de cuajo, ó, pues son impertinentes, alquiladme boca y dientes con la oficina de abajo, que en mi no tienen que her.

LISARINA. Ya estamos todos sentados.

DORBÁN. Pastores, ya no hay ganados que esquilar ni que comer; á nadie el hambre reserva, los cielos están con llave, ni por el viento vuela ave, ni alegría á los campos hierba. No hay arroyo que no trueque en polvo, el agua que borra, río que á manchas no corra, fuente que ya no se seque.

Todos la vida nos tasan por quitarnos el sosiego, que son los pecados fuego y hasta las fuentes abrasan.

No se enmiendan nuestros reyes y así crecen nuestras quejas; comímonos las ovejas, no perdonamos los bueyes.

Si yo á persuadiros basto, lo que vos vengo á decir y se nos han de morir las bestias, por no haber pasto, mejor es que las matemos y á costa suya vivamos, pues como las dividamos el pueblo socorreremos.

¿Qué os parece?

ZABULÓN. Habéis habrado como Saulimon, pardiobre; no perezca el pueblo pobre y más que no haya ganado.

DORBÁN. Yo tengo una yegua flaca.

ZABULÓN. Yo una mula.

LISARINA. Yo un jumento.

CORIOLÍN. Yo un rucio, pero no intento (aunque el hambre no se apraca) que por ingrato me arguya y tan mal pago le den, que es un borrico de bien; mi ánima con la suya, cuando de este mundo vaya.

LISARINA. Por votos heis de pasar.

CORIOLÍN. ¿Votos?

LISARINA. No hay que reprimir, como la suerte vos caya.

DORBÁN. El más mozo es, Coriolín, del pueblo; voto por él.

CORIOLÍN. Dorbán, siempre sois cruel.

DORBÁN. Yo entregaré mi rocín, después que hayamos comido vuestro burro.

LISARINA. Yo eso quiero, muera su burro primero.

CORIOLÍN. Y á vos ¿quién vos ha metido en los votos del Consejo?

LISARINA. Yo, que también so presona.

ZABULÓN. A nadie el hambre perdona; hed repartir el pellejo para almorzar; por la gente, y el burro el siguiente día vaya á la carnicería,

donde se pese igualmente, que este es nuestro voto y gusto.

CORIOLÍN. De capa os sirvió el pellejo, vote (mi burro) el Concejo sobre la capa del justo; que yo moriré con vos, pues que libraros no pudo el mi amor.

LISARINA. Venga el menudo, aderezaréle.

CORIOLÍN. ¡A Dios el mi jumento dell alma! Vivo queda quien vos pierde; más, porque de vos me acuerde yo colgaré vuestra enjalma del cravo do esta el mi espejo; vuestro ataharre traeré al cuello por banda, en fe que no os olvido, aunque os dejo.

DORBÁN. Esto está bien ordenado; venid dareisnosle.

CORIOLÍN. ¿Yo, traidor á quien me llevó en somo de si asentado?

¿Con qué vergüenza pudiera decirle al mi buen jumento: yo del vuestro prendimiento corchete soy? ¿Qué dijera entonces el rucio mío? Vaya el Concejo á llevarle, pues se atreve á sentenciarle.

DORBÁN. Dejad ese desvario, ¿estáis en vos?

ZABULÓN. ¡Ea, venid!

CORIOLÍN. Pues que ya llegó su plazo Zabulón, dalde un abrazo, y en mi nombre le decid... (cuando le deis el segundo).

LISARINA. Coriolín, cansado estás.

CORIOLÍN. ...Que no mos veremos más sino es en ell otro mundo. (Vanse.)

ESCENA II

Sale Abdías, solo.

Tres años ha (mi Dios) que las impías persecuciones ocasionan llantos, y en sus Profetas y ministros santos la crueldad ejecuta tiranías.

Tres años ha que de mi pecho fias (á pesar de amenazas y de espantos) tus fieles siervos, puesto que ha otros tantos que el cielo cierra la oración de Elías.

En dos cuevas amparo y doy sustento á cien Profetas tuyos escondidos del poder de la envidia y los engaños.

¡Ampara tú, Señor, mi justo intento; clemente abre á mis ruegos tus oídos; baste, mi Dios, castigo de tres años!

Si hallara yo algún pastor de cuya simplicidad se confie mi piedad sin riesgos de mi temor.

Mayordomo de la casa, soy, del Rey, y su privado; su gobierno me ha fiado,

todo por mi mano pasa;
pena ha puesto, de la vida,
con privación de la hacienda
á quien ampare y defienda
á algún Profeta; perdida
ha tres años que la tengo,
pues por conservar mi ley
voy contra el gusto del Rey
y cien Profetas mantengo.
No hay hombre de quien fiarme
¡Deparadme (eterno Dios)
quien me ayude en esto, Vos!

ESCENA III

Dicho y sale CORIOLÍN.

CORIOLÍN. Murria me viene de ahorcarme,
sin vos el mi rucio amado,
el mi lindo compañero:
¿vos, mi burro, al carnicero?
¿vos por él descuartizado?
¿que habéis de morir, en fin?
¿que ya mi amor no os aguarda?
¿que hará sin vos el albarda
sino la trae Coriolín?
¿qué la burra, ó vos sin ella,
de mi comadre Darinta
que estaba, por vos, en cinta,
viuda hoy, y ayer doncella?

ABDIAS. Oye, detente, pastor.

CORIOLÍN. Si de un lazo no me escuro.

ABDIAS. ¿Estás loco?

CORIOLÍN. Está sin burro.

ABDIAS. ¡Qué simple!

CORIOLÍN. Mire, señor;
pues que no le ha conocido,
no se espante si le lloro,
que era como un pino de oro:
jumento tan entendido
no le tuvo el mundo.

ABDIAS. Acaba.

CORIOLÍN. ¿Piensa que miento? Decían
que las burras le entendían
cuantas veces rebuznaba;
pues honesto, en mil sucesos
que con las hembras se halló
nunca en la carne pecó,
¡que estaba el pobre en los huesos!
Pues la vez que caminaba
tan cuerdo hué de en día en día,
señor, que en todo caía,
ó al de menos, tropezaba.
Pues sofrido, no hubo her
por más palos que le diese
que alguna vez se corriese,
que él jamás supo correr;
pues aunque huiese de prisa,
si á la jumenta oliscaba,
al cielo ell hocico alzaba,
que hué una boca de risa.
Y con tener estas gracias
y otras que callo (señor),
me le llevan (¡ay dolor!)
la cola y oreja facias
á morir al matadero,
do el carnicero le sise

y ell hambre después le guise.

ABDIAS. ¿Hiciera más un ventero?
(Aparte.) Esta sencillez podrá
asegurar mi recelo.

CORIOLÍN. Pondréme paños de duelo
por él.

ABDIAS. Pastor, oye acá:
como me guardés secreto
yo te daré otro mejor.

CORIOLÍN. ¡Mas, arre allá!

ABDIAS. Tu favor
he menester.

CORIOLÍN. ¿En defeto
que á quien secretos le guarda
da burros y de-comer?

ABDIAS. Sigueme.

CORIOLÍN. ¿Y qué hemos de her
si ro le viene ell albarda?

ABDIAS. (Aparte.) Con éste puedo enviar
á mis santos la comida,
mientras el hambre atrevida
y el temor, no da lugar
á que en público lo goce
nuestro misero Israel.
No temeré á Jezabel
pues éste no la conoce,
ni quien soy tampoco sabe.

CORIOLÍN. ¿Quién tal dicha hallar pudiera?
Écheme en la faltriquera
el secreto, si tien llave.

ABDIAS. Mi Dios, contra un Rey ingrato
esta piedad os dedico.

CORIOLÍN. ¿Por un secreto un borrico?
¡pardíez que compré barato! (Vanse.)

ESCENA IV

Salen ACAB, JEZABEL, JERU, JOSEPHO y MÚSICOS.

ACAB.

En fin, que contra Elias
salen frustradas diligencias mías.

JEZABEL.

Encantos de sus vuelos
nos le arrebatan penetrando cielos;
cuantos embajadores
has despachado, dándoles favores,
desde Grecia á Etiopia
por cuanto esmalta la florida copia
secunda de Amaltea,
el mar de Zafir baña, el sol rodea,
sin perdonar desierto,
valle, monte ó collado, han descubierto
sus fieles diligencias,
sin tener nuevas de él.

ACAB.

Las inclemencias
del cielo, que ocasiona,
no siempre han de ofender á mi corona.
Hermoda prenda mía
¿quién sino vos apacignar podía
mis pesares y enojos,
si estriba mi descanso en vuestros ojos?
Elias no parece,
todo mi reino, misero perece;

porque hechizos y encantos
le niegan el sustento meses tantos,
por ese vil Profeta
á quien el cielo todo le sujeta;
á quien sus influencias
la llave han dado.

JEZABEL.

Abrásanme impaciencias;
no muera yo hasta tanto
que en sangre trueque Palestina, el llanto
que compasivo vierte,
y á quien le causa, den mis manos muerte.

ACAB.

Entre las flores bellas
de este jardín (pues vos reináis en ellas)
divirtamos pesares;
pongan aquí la mesa y los manjares.

JEZABEL.

Todo está prevenido
en este cenador, que guarnecido
de jazmines y nuezas
fino sitial es tálamo de Altezas.

ACAB.

Sentáos, pues, duíge prenda;
que aunque el enojo vuestro pecho encienda,
no tarda la venganza
(aunque espaciosa) cuando al fin se alcanza.
Cantad tonos suaves
alternándoos vosotros con las aves;
que una y otra armonía
divertirán la hermosa prenda mía.

(Descúbrese una mesa con dos sillas y un aparador
debajo de un jardín; siéntanse, comen y los músicos
cantan.)

(Cantan.) «Dos soles tiene Israel
y que se abra se recelo,
el del cielo y Jezabel.

UNO. ¿Cuál es mayor?

OTRO. El del cielo.

TODOS. Eso no, que el dios de Delo
se eclipsa y cubre de un velo,
y el nuestro luce más que él.»

ACAB. Buena es la dificultad
de la letra, mas mi esposa,
en fe de que es más hermosa,
á Apolo da claridad.

Cada día la deidad
del cuarto planeta nace,
y aunque al mundo satisface
cada noche también muere;
mas quien á mi esposa viere
que alumbrá deleita y vive,
dirá que de ella recibe
vida el sol y luz el suelo
y que la debe más que á él.

(Cantan.) «Dos soles tiene Israel
y que se abra se recelo
el del cielo y Jezabel.

UNO. ¿Cuál es mayor?

OTRO. El del cielo.

TODOS. Eso no, que el dios de Delo
se eclipsa y cubre de un velo
y el nuestro luce más que él.»

ACAB. ¿Quién ha compuesto esa letra?
JEZABEL. La adulación. Más ¿qué es esto?

(En cantando bajan dos cuervos por el
aire, y el uno arrebató un pan y el otro
un ave asada y vuelven á volar, y leván-
tanse.)

ACAB. ¡Anuncios de mis desdichas,
aves torpes del infierno!

JEZABEL. ¡Dadlas la muerte, flechadlas.

ACAB. Quitad esa mesa. ¡Ah cielos!
tragedias y mortandades
me intiman fúnebres cuervos;
plumas de luto me anuncian
el misero fin que espero.
Nuestras mesas contaminan
las arpias de Fineo;
presagios lloro, infelices;
el corazón en el pecho
buscando al alma salida
ya es tirano de mi aliento.

JEZABEL. ¡Llorad mi muerte, vasallos!

ACAB. ¡Rey, señor, esposo!

ACAB. ¡Tiemblo,

dudo, desmayo, suspiro,
abrásome vivo, y muero!
Los cielos son contra mí.
¿Quién resistirá á los cielos?
Mi mortal sentencia firman
plumas de verdugos cuervos.

JEZABEL. ¿Qué afeminado temor
desacredita el esfuerzo
que un hombre, un Rey, un Monarca
debe tener? Si en ti el miedo
se apodera de ese modo,

¿de tus vasallos qué espero?

¿Gentil traza de animarlos!

¡Mejor diré de ofenderlos!

¿Qué ejército de enemigos
te hacen fuerza á sangre y fuego?

¿Qué nubes arrojan rayos?

¿Qué terremotos el centro?

Esto es cosa natural;

el aire niega avariento
las preñeces á sus nubes
que fertilicen el suelo;

perocen tus reinos de hambre,
los montes están desiertos,
las plantas se esterilizan,
los valles sin hierba, secos;

á las aves y á los brutos
les niega los alimentos

la tierra, que siendo madre
madrastro esta vez se ha vuelto.

¿Qué mucho, pues, que atrevidos
busquen de comer los cuervos
y que la necesidad
haga pirata su vuelo?

¿No te avergüenzas, siendo hombre,
que te anime el vil sujeto
de una mujer, que se burla
de mentirosos agüeros?

Si no ignoras los hechizos,
los engaños y embelecios
de ese Elias burlador
de mi ley y tus preceptos,
¿qué mucho que en nuestro agravio